

Período de los jueces, desde el 1400 al 1095 a.C.

Desde la muerte de Josué hasta la unción de Saúl

Jueces; Rut; 1 Samuel 1–10

I. ESTADO RELIGIOSO

La condición religiosa de Israel puede ser resumida de la siguiente manera:

1. Una serie de recaídas en la idolatría.

Las causas se encuentran en:

a. El pasado idólatra de ellos (cf. Génesis 31.19; 35.2; Josué 24.2–14).— Abraham había abandonado la idolatría, pero con el matrimonio de Jacob había vuelto a penetrar la vida familiar; y, aunque Jacob sepultó a los ídolos, algunas trazas de éstos probablemente continuaron.

b. La esclavitud de ellos en Egipto (cf. Éxodo 32.21–34; Josué 24.14).— Israel debió haber estado profundamente teñida con idolatría como para haber caído tan pronto y tan bajo al pie mismo del Monte Sinaí; y el discurso de Josué es evidencia conclusiva de que la disciplina dispensada en el desierto no la erradicó completamente.

c. La contaminación de las tribus canaanitas.— Canaán era el centro de la religión más degradante de la época. Cartago, Grecia y Roma extrajeron de ella los rasgos licenciosos de sus religiones. De aquí el edicto divino en el sentido de expulsar o exterminar a los canaanitas. Era la única manera de darle seguridad a Israel. La iniquidad de los amoritas era completa. El no obedecer el edicto, y los matrimonios mixtos que siguieron, eran una amenaza perpetua a la religión pura.

2. Una serie de opresiones consecuentes.

Estas opresiones provenientes de las tribus vecinas fueron un resultado natural. Los que eran débiles en lo moral, llegaron a serlo en lo político. Estas opresiones eran juicios disciplinarios. Una y otra vez, castigados hasta la contrición por los moabitas, o madianitas, o filisteos, Israel se volvió de la idolatría de sus opresores a la adoración de Jehová. A largo plazo la fe más pura había ganado.

3. Una serie de libertadores llamados jueces.

Éstos no eran hombres ideales. Se sitúan muy por debajo de los héroes de la fe cristiana. A menudo supersticiosos, apasionados, moralmente débiles, sin embargo, ellos creían en Dios. En tales tiempos

eso era mucho. Se levantaron por encima del nivel de la época de *ellos*, tal como Pablo o Lutero lo hicieron en la época de *cada uno*. Además, ellos eran patriotas, se elevaron a un patriotismo mayor. Eran los Tells, los Wallaces y Washingtons¹ de la época de ellos.

II. CONDICIÓN POLÍTICA

En lo político, no había organización, ni capital, ni gobierno nacionales. Moisés había dado un sistema religioso, pero no había una constitución política bien definida. Había doce tribus, las cuales algunas veces se unían para su defensa común, o para disputar hasta casi llegar al punto de la mutua exterminación. La condición de ellos había sido comparada con la heptarquía anglosajona antes de la unión que se dio bajo el liderazgo de Egbert. No obstante, eran tres los lazos que les impedían dividirse en una docena de mezquinas naciones:

a. Antepasados e historia comunes.— Abraham fue el fundador de la raza; compartían la misma reverencia por Isaac y Jacob; a la vez que el brillo de nombres tales como los de José, Moisés y Josué, y las glorias en el Mar Rojo, en el Jordán, y de la conquista, eran una herencia nacional.

b. Una lengua común, el hebreo.— Hay trazas de diferentes dialectos; pero las diferencias difícilmente pudieron haber sido mayores a las que existían en Inglaterra, en la época de Alfredo.

c. Una religión común.— El tabernáculo había sido establecido en Silo. Había un altar. Allí moraba el Sumo Sacerdote de la nación. Allí se ofrecían los sacrificios nacionales diariamente. A ese lugar iban los representantes de las tribus a las tres grandes fiestas anuales. Tales eran las fuerzas centrípetas que funcionaban. Los griegos tenían lazos similares; pero las condiciones geográficas al comienzo, desarrollaron un individualismo tan intenso, que ellos jamás se fundieron en una sola nación. Estos

¹ Tell fue el libertador de los suizos, Wallace, el de los escoceses, y Washington, el de los estadounidenses.

lazos sujetaron a los hebreos hasta que encuentran en el profeta Samuel, y en el rey David, la sublime fe, y el genio para la organización política que los fundió en una sola nación.

III. LAS SEIS INVASIONES PRINCIPALES

Durante este período salvaje, pero formativo, de vida nacional, hubo seis invasiones principales desde el exterior. Tal como ya lo hemos visto éstas sucedieron como un resultado nacional de, y como juicio divino por, apostasías nacionales. “Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo ante los ojos de Jehová”; “Entonces clamaron los hijos de Israel a Jehová”— tales son las declaraciones alternas, que aparecen diez veces en el libro de Jueces,² las cuales le dan a la historia su importancia moral. Toda ella es tan humana como lo es un capítulo en la historia de Las Cruzadas, o de la conquista Normanda; pero su suprema importancia yace en la disciplina, por medio de la cual Israel por fin llegó a ser una nación, cuyo Dios era Jehová.

1. La invasión mesopotámica del este.

En los tiempos de Abraham vimos a los jefes del Eufrates extendiendo su imperio hacia el Jordán y llevándose a Lot cautivo. Ya han pasado quinientos años. Otro jefe del gran valle encabeza otra invasión hacia el oeste. Israel gime durante ocho años bajo el yugo cuando, Otoniel, el sobrino de Caleb, los incita a la resistencia y echa a los invasores de regreso al Eufrates.

2. La invasión moabita del sur.

Los moabitas, descendientes de Lot, moraban al este del Mar Muerto. Cuando los gobernaba Eglón, ellos subyugaron las tribus del sureste, e incluso cruzaron el Jordán y tomaron Jericó por dieciocho años. Aod, un benjamita, fue a llevar el tributo de las tribus a Eglón en Jericó. En una entrevista en secreto apuñaló al rey, escapó hacia las montañas occidentales, levantó un ejército, tomó los vados del Jordán, y en una batalla campal mataron a diez mil moabitas. Esto trajo la paz a aquella parte de la tierra por lo menos, durante ochenta años.

3. La invasión Canaanita del norte.

Josué había derrotado una confederación del norte, la cual había encabezado Jabín, en el lago Merom. Bajo el liderazgo de un Jabín posterior estos canaanitas del norte persiguieron y oprimieron las tribus del norte por veinte años. Por fin, Débora, una profetisa de una fe y valentía desconocidas, alentó a Barac, de la tribu de Neftalí. Formando un

ejército de diez mil hombres, Barac ganó una gran victoria en la llanura de Esdraelon. Sísara, el capitán canaanita, huyó a pie, y buscó refugio en la tienda de Jael, la mujer de Heber ceneo, un descendiente de Jetro, el suegro de Moisés. Jael se comportó como la Charlotte Corday, del tiempo de ella, y le metió una estaca por las sienas a Sísara, cuando éste estaba cargado de sueño. La victoria fue celebrada por Débora por medio de un elocuente canto de batalla (Jueces 5).

4. La invasión de los madianitas por el este.

Los madianitas eran árabes, descendientes de Abraham y su esposa Cetura. Ellos no se establecían en la tierra, sino que la barrían en el tiempo de la cosecha, cargaban sus lomos con el botín, y huían. Eran tan terribles las incursiones de ellos, que Israel se refugió en los montes alrededor, en lugares fortificados, e incluso en cuevas. Dios levantó a Gedeón, de la tribu de Manasés, como libertador. Éste comenzó en casa destruyendo el culto a Baal, en la casa y aldea de su padre. Luego reunió un ejército de treinta y dos mil hombres, lo redujo a diez mil cuando les permitió a los temerosos volver a casa; y lo redujo todavía más, a trescientos hombres, escogiendo a aquéllos que bebieron el agua llevándose ésta con la mano a la boca. Con esta pequeña banda hizo un ataque nocturno y echó a los madianitas con gran mortandad, persiguiéndolos hasta la orilla del desierto oriental. Ambas victorias, la de Barac y la de Gedeón, fueron ganadas por tribus del norte. La poderosa tribu central de Efraín fue mortificada por la poca participación que se le dio en estas glorias; y Gedeón pudo aplacar los celos de ellos, sólo con un astuto toque de adulación (Jueces 8.1-3). Gedeón llegó a ser el héroe del momento. Se le ofreció la corona pero la declinó. Su más ambicioso, pero menos digno, hijo Abimelec, mató a todos sus hermanos excepto a uno, y ganó un reinado de corta vida en Siquem. Perdió la corona y la vida cuando sofocaba una revuelta.

5. Invasión de los amonitas del este.

Los amonitas, así como los moabitas, descendían de Lot. Cuando se conquistó la tierra al este del Jordán ellos fueron replegados al desierto oriental. Pronto empezaron a presionar para volver y caer sobre las tribus del este. Jefté llegó a ser el instrumento de liberación. Éste era un proscrito de bajo linaje, desheredado; sin embargo, se le hizo volver, repuesto, e instalado a la cabeza de las fuerzas que se levantaron para expeler a los amonitas. Antes de salir a batalla, él hizo votos, de que si tenía éxito, ofrecería a Jehová a cualquiera que le saliera primero al encuentro, cuando regre-

² Jueces 3.7, 9; 3.12, 15; 4.1, 3; 6.1, 7; 10.6, 10.

sara a su hogar. Ganó la batalla, le salió al encuentro su única hija, y, con ella cumplió su voto.

6. Invasión de los filisteos por el suroeste.

Los filisteos eran un pueblo comercial, agresivo, que estaba sobre el Mediterráneo. Eran rivales de los fenicios, y una vez habían capturado a Sidón, lo cual la hizo caer en un lugar, en Fenicia, el cual sólo superó Tiro. Los filisteos eran los más empedernidos enemigos de Israel, los cuales la acosaron durante todo el período de los jueces, e incluso en el período de la monarquía hasta que fueron, en efecto, derrotados por David. Las tribus del sur, Simón, Dan y Judá estaban especialmente expuestas a los ataques de los filisteos. El último, y en algunos aspectos, el más extraordinario de estos héroes militares, era Sansón, de la tribu de Dan. Nació nazareo, o sea que su madre lo ofreció para que no comiera nada inmundo, ni tomara fruto de la vid, y jamás se afeitara su cabeza. Fue el Hércules hebreo, que se deleitaba en actos que requerían de fortaleza sobrehumana, a veces fantásticos, pero siempre patrióticos. Saliendo de su casa, la cual se encontraba entre las colinas al suroeste, hacía frecuentes incursiones en contra de los filisteos, siempre solo y sin ayuda. Dos matrimonios sucesivos con mujeres filisteas, le dieron la oportunidad no sólo para el éxito, sino también para su caída final; pues Sansón era un gigante débil. Cuando se rindió a la seducción de Dalila, le descubre el secreto de su fuerza, y, en violación de su voto nazareo, permite que su cabello le sea cortado. Fue un espectáculo humillante, el de Sansón, aquel a cuyo nombre toda Filistea temblaba, con su cabeza en los regazos de Dalila. Salió de la presencia de ella, abandonado por Dios, y siendo presa de sus enemigos. Fue cegado, aprisionado, condenado al trabajo servil de mujer en un molino, donde tuvo la oportunidad de renovar su voto y volver a tener fortaleza. Cuando fue llevado a una fiesta de los filisteos en honor al dios de ellos, Dagón, para que divirtiera al populacho, tal como lo hiciera el suizo Winkleried, entrega su vida para la liberación de su país. Al echar abajo las columnas centrales del templo se deja sepultar en la tumba viviente de miles de sus enemigos. El poder de Filistea no fue roto; pero la hazaña de Sansón fue más que suficiente para reavivar la valentía de Israel y posibilitar la obra, más permanente, de Samuel y David.

IV. LA HISTORIA DE RUT

En algún tiempo durante el período de los jueces, ocurrieron los incidentes narrados en el libro de Rut. Es la historia dulce y reposada de la

época. El libro debe ser leído completo. Elimelec y Noemí vivían en Belén. El hambre, causada, tal vez, por una de las muchas invasiones, los obligó a emigrar hacia la tierra de Moab. Allí los hijos de ellos se casaron. Pasan diez años, y las tres mujeres se quedan viudas y sin hijos. Noemí vuelve su rostro hacia su tierra natal. Las dos mujeres jóvenes emprenden la marcha con ella. Noemí, sintiendo cuán solitaria vida iban a tener estas hijas de una raza extranjera, en una tierra extraña para ellas, busca la manera de disuadirlas. Orfa flaquea, y luego se regresa. Rut responde con unas palabras que han llegado a ser clásicas (Rut 1.16–17). Tal fe y devoción no se quedó sin recompensa. Al llegar a Belén, Rut recoge espigas en los campos de Booz, un familiar de su esposo. Instruida por Noemí, ella reclama el derecho de que uno de los familiares del esposo se case con ella para perpetuar el nombre y herencia de su esposo; así ella llega a ser la honrada antepasada de David, de María, y de JESÚS.

V. SAMUEL, EL PROFETA JUEZ

(1 Samuel 1—10)

Samuel es el carácter más importante entre Moisés y David. Él fue el Lutero y el Juan el Bautista de su tiempo. Su carrera entera, desde su nacimiento hasta su muerte, nos levanta por encima de los bajos niveles del período. La estéril Ana, con el anhelo de una madre hebrea que desea hijos, le pidió uno a Dios, y se lo devolvió a Dios. Así que, fue criado en el tabernáculo en Silo.

El sumo sacerdote, Elí, era también el “juez” de aquel tiempo. Fue el primero en reunir los dos oficios en una sola persona. El envejecido Elí, aunque era puro en lo personal, permitió que los flagrantes pecados de sus hijos se cometieran y no los impidió. A través del niño Samuel, Dios reveló la caída de la casa de Elí. Ésta sucedió durante la famosa batalla de Afec, cuando los filisteos mataron a los hijos de Elí y capturaron el arca. Elí murió al oír las noticias. Los años de oscuridad que siguen son aliviados con la creciente esperanza de que Samuel sea llamado a ser profeta de Dios. La gran obra de Samuel se puede resumir así:

1) Realizó una gran reforma nacional, renovando el pacto y llevando al pueblo otra vez a la adoración a Jehová.

2) Siendo atacado por los filisteos, ganó tal victoria en Ebenezer, que aquéllos jamás volvieron a atacar durante su período como juez.

3) Organizó las compañías de los profetas.

4) “Juzgó” a Israel durante toda su vida.

5) Preparó el camino para la monarquía, e introdujo ésta, ungiendo a Saúl, y después del

rechazo de éste, ungiendo a David. Así, Samuel pertenece al período de transición entre los jueces y la monarquía. Es el último y el más grande de los jueces, y el primero en la gran línea de profetas hebreos después de Moisés. ■

Los jueces de Israel

A. Opresión de Mesopotamia

1. Otoniel

B. Opresión de Moab

2. Aod

C. Opresión de Filistea

3. Samgar

D. Opresión de Canaán

4. Débora

E. Opresión de Madián

5. Gedeón

6. Abimelec

7. Tola

8. Jair

F. Opresión de Amón

9. Jefté

10. Ibzán

11. Elón

12. Abdón

G. Opresión de Filistea

13. Sansón

H. En 1 Samuel

14. Elí

15. Samuel

©Copyright 1998, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados